

La derrota de Rávena aterró y desconcertó á los de la liga, y mas á los venecianos, que se tuvieron por perdidos, juzgando ya á los franceses dueños de toda Italia; pero reanimáronlos las exhortaciones del embajador español conde de Cariati. El papa Julio II llegó á vacilar también; y el Rey Católico creyó necesario enviar por capitán general de la liga al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, y así se lo escribió al papa, sabiendo cuánto se había de animar y alegrar el pontífice, que en mas de una ocasión había querido nombrar general de las tropas de la Iglesia al duque de Terranova, persuadido de que con él no solo recobraría á Ferrara, sino que podría hacerse señor de toda Italia. Mas no tardó Fernando en arrepentirse de aquel buen pensamiento, pues tan luego como vió el diferente rumbo que llevaban las cosas de Italia y la decadencia inopinada del poder (de los franceses, buscó excusas para mandar suspender la ida del Gran Capitán, y le ordenó que no se moviese de España, con gran sentimiento de aquel insigne caudillo, y con escándalo general y no poca murmuración de la ingratitude é injusticia del rey hacia el mas esclarecido de sus servidores.

La victoria de Rávena, que parecía deber afianzar la prepotencia francesa en Italia, fué, por el contrario, de peores consecuencias para los de aquella nación que para los vencidos aliados. La muerte de su general produjo rivalidades y discordias entre los capitanes y caudillos, insubordinación é indisciplina entre los soldados. Por otra parte el Rey Católico consiguió en aquella ocasión dos cosas por las que había estado trabajando mucho tiempo hacia, á saber, que el rey de Inglaterra su yerno entrara abiertamente en la liga, y que el emperador hiciera treguas con Venecia. Esto facilitó el paso de un ejército suizo en favor de la confederación, compuesto de unos veinticuatro mil hombres, con diez y ocho piezas de artillería. Perseguidos vigorosamente los franceses por los suizos, y abandonados por los tudescos, que se negaron á seguir sirviendo en sus filas por la seguridad que se les dió de que el emperador se declaraba contra la Francia, no solo perdieron lo que habían conquistado, sino también las ciudades de Lombardia, siendo arrojados de unas y rebelándose otras. En tal estado intentó Luis XII introducir la discordia entre los aliados procurando indisponer al Rey Católico con el emperador. Mas deshecha esta intriga por Fernando, volvió el francés su pensamiento á Navarra, donde sostenía el Rey Católico la guerra de que hablaremos despues.

Desde que el papa Julio vió el poder de los franceses decaído en Italia y dejó de temerlos, comenzó á dar diverso rumbo á su política y á pensar en confederarse con los otros Estados para arrojar de allí á su vez á los españoles; pues la condición de aquel pontífice, como dice un historiador aragonés, « era tal que con la necesidad quería y suspiraba por el amparo del Rey Católico, y quando estaba fuera della y se veía con alguna prosperidad, tornaba á su natural condición, que era no reconocer obligación de los beneficios recibidos, y pagar con ingratitude (1).» Al efecto no había medio que no empleara: negaba las pagas á los soldados y hacia que los venecianos las negasen también; indisponía á los suizos con los españoles; trataba de estorbar la ida del virey de Nápoles don Ramon de Cardona con el ejército aliado á Lombardia y detenerle en la empresa de Milan; publicaba que quería hacer la guerra contra el turco, para excusar que el rey de Aragon tuviese ejército en Italia; andaba para todo esto en tratos con los venecianos, y aun con el mismo rey de Francia, y confiando en Vene-

diez y ocho mil, entre ellos los caballeros y capitanes mas ilustres de Francia, Italia y España. Los mas notables españoles que murieron en la batalla de Rávena fueron, el valiente Zamudio, don Juan de Acuña, Jerónimo Loriz, Pedro de Paz, Diego de Quiñones, Jerónimo de Pomar, y casi todos los de infantería. Quedaron prisioneros el cardenal de Médicis, Fabricio Colona, el marqués de Pescara, el conde Pedro Navarro, que había sido herido, el conde de Monteleon, Fernando de Alarcon, los marqueses de Bitonto y de Atella, con otros muchos ilustres y muy señalados caballeros.—Guicciardini, Istoria, lib. X.—Benbo, Istoria Veniziana, tomo II, lib. 12.—Du Bellay, Memoires.—Brantome, Vies des Homm. Illustr. disc. 6.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 231-233.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IX, c. 41.

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 46.

cia y en los suizos, proponiase hacer con el rey de España y con el emperador lo mismo que había hecho con el de Francia, diciendo con cierto donaire: « Buena ganancia fuera la mía con sacar de Italia á los franceses, insolentes y de mal gobierno, pero ricos, y de tal condición que no se podían conservar mucho en un Estado, si en su lugar hubiese de hacer señores á los españoles, soberbios, pobres y valerosos!»

Con estas disposiciones, y habiendo reemplazado en su ánimo el odio á Fernando y los españoles al que antes tenía á Luis y los franceses, todo eran planes y proyectos contra el rey y la nación española, entre ellos el de concertar al emperador con el rey de Francia contra el de España, hasta abrigar el pensamiento de hacer al emperador rey de Nápoles, con la esperanza de arrojar despues de Italia á los alemanes con mas facilidad que podía hacerlo con los españoles. Conocía el monarca español estos y otros manejos del inquieto y revolver Julio II, y aunque procuraba hacer rostro á todas las complicaciones que aquella conducta producía dentro y fuera de Italia, comprendía también que no podía haber paz y sosiego en la cristiandad, mientras el jefe visible de la Iglesia fuese el que todo lo alteraba y conmovía. En esta situación, en guerra por una parte el rey Fernando con Francia y con Navarra, envuelto por otra su virey de Nápoles en las que allá en Italia traían entre sí el papa, el emperador, la república de Venecia, los duques de Milan, de Parma y de Ferrara, y en turbación y desasosiego todo, falleció el papa Julio II (20 de febrero, 1513), y le reemplazó en la silla pontificia el cardenal Juan de Médicis, que tomó el nombre de Leon X.

Desde entonces, y sin que por eso se aquietaran las agitaciones que entre todos los Estados europeos había dejado sembradas la fatal liga de Cambray, tomaron las cosas nuevo giro. Venecia, no pudiendo concertarse con el emperador, por mas que en este sentido había trabajado siempre el Rey Católico, se echó en brazos de la Francia, y ajustó un tratado de confederación con el rey Luis (23 de marzo, 1513): lo cual produjo la necesidad de nuevas combinaciones. Fernando el Católico creyó entonces conveniente hacer tregua con el francés, y así se pactó (1.º de abril), con gran disgusto del emperador, el cual en su enojo propalaba que el intento del rey era librar de la guerra á España y que cargase toda sobre Italia, y que á trueque de entorpecer la venida del príncipe Carlos á Castilla, se concertaría el rey su abuelo no solo con Francia sino con el infierno mismo. En efecto, la guerra ardió furiosa en Italia, principalmente en el desgraciado país de Lombardia, donde se hallaban tropas francesas, tudescas, venecianas, florentinas, pontificias, suizas y españolas. Dióse pues una reñida y terrible batalla (6 de junio, 1513) cerca de Novara entre franceses y suizos, en la cual aquellos sufrieron una derrota sangrienta. De sus resultados hubieran tal vez los suizos atravesado la Francia sin oposicion hasta Paris, si por la parte de Borgoña no hubieran sido detenidos y rotos por el señor de Tremouille. Esta fué la salvación de la Francia, y esto produjo un tratado entre suizos y franceses, en que se declaró que el rey de Francia renunciaria al concilio de Pisa, no se entrometeria mas en los Estados de la Iglesia, no se apartaría de la obediencia á la silla apostólica, y retiraría las guarniciones de Cremona y de Milan.

Los españoles eran los que habían quedado campeando en Lombardia; y el virey Cardona atravesó sin resistencia el Milanesado, devastó las tierras de Venecia, llegó á vista de la reina del Adriático, y bombardeó la ciudad. Irritó esto á los venecianos, exasperó al famoso y aguerrido Bartolomé de Albiano su general, en otro tiempo compañero de triunfos de Gonzalo de Córdoba, y se puso en armas todo el país contra los españoles. En su virtud acordaron el virey Cardona y el marqués de Pescara, jefes del ejército aliado, tomar el camino de Viena, llevando consigo mas de quinientos carros cargados con los despojos de su correría por las tierras venecianas. Seguíalos Albiano, y parecíale ir tan seguro de la victoria, que mandó pregonar y ordenó á sus soldados que no dejasen un alemán ni un español á vida. Pero se dió la batalla á dos millas de Viena (7 de octubre, 1513), y á pesar de la confianza y de la bravura del general enemigo, fué tal el arrojío, el valor y la disciplina de la infantería española, que las

armas del Rey Católico ganaron en los campos vicentinos uno de los mas completos, señalados y decisivos triunfos que se vieron en aquellos tiempos en las regiones de Italia. Quedaron en poder de los españoles veintidos piezas de artillería, todas las banderas y estandartes y todas las acémilas, con multitud de prisioneros. Murieron sobre cinco mil venecianos, entre ellos casi todos los capitanes, pudiendo decirse que solo se salvaron Albiano y Gritti, huyendo el uno á Padua y el otro á Treviso (1).

Pareció esto un castigo de aquella república, que estando en liga con España é Inglaterra fué á aliarse con el mayor enemigo que había tenido. El papa Leon X, viendo á Venecia tan en peligro, envió á requerir amistosamente al virey de Nápoles que sobreseyese en aquella guerra, de la cual no podía resultar beneficio á la cristiandad. Conveniale ya también al emperador, una vez que poseía los lugares que le habían sido aplicados en la liga de Cambray. Y como desde el triunfo de los españoles en Viena fueron mas combatidos los franceses, tuvieron estos al fin que entregar el castillo de Milan (noviembre, 1513) juntamente con la ciudad de Cremona, y abandonar al fin la Lombardia y toda la Italia.

Tal fué el remate que por entonces tuvieron las largas y complicadas contiendas, negociaciones, alianzas, tratados y guerras, en que se envolvieron casi todas las naciones de Europa, á consecuencia, primero de la liga de Cambray, y despues de la Santa Liga. En ellas perdió mucho Venecia, Luis XII sacó por todo fruto el ver sus franceses lanzados de Italia, ganaron poco los demás Estados, y solo la España, merced á la gran política del Rey Católico, sostuvo su influencia y la alta reputación de que ya gozaban las armas españolas.

## CAPÍTULO XXVI

### Conquista de Navarra

DE 1512 Á 1515

Situación especial de este reino.—Los reyes doña Catalina y don Juan.—Pretendientes á la corona.—Encontrados intereses y fines de Francia y España respecto á Navarra.—Conducta de sus reyes.—Bula del papa excomulgándolos y privándolos del reino, y por qué.—Proposiciones y requerimientos del Rey Católico.—Situación comprometida de los navarros.—Decláranse por el francés.—Los ingleses en España y con qué objeto: proceder extraño del general inglés.—Resuelve el Rey Católico invadir la Navarra.—El duque de Alba se apodera de Pamplona.—Fuga del rey don Juan á Francia.—Sométese casi todo el reino al aragonés.—Traspone el duque de Alba el Pirineo.—Reembárcanse los ingleses sin haber hecho nada.—Invasión de franceses en Navarra.—Retíranse sin lograr su objeto.—Tregua entre Luis XII y el Rey Católico.—Asegura Fernando la conquista de Navarra.—Incorpora este reino á la corona de Castilla.—Sobre la injusticia ó legitimidad de esta conquista.

Desde que se formaron los dos grandes reinos de Castilla y Aragon, y mucho mas desde que las dos monarquías se reunieron bajo un mismo cetro, era de suponer y esperar que el pequeño reino de Navarra, colocado en medio de dos Estados tan poderosos, como eran la Francia y la doble monarquía de Castilla y Aragon, concluyera por ser absorbido por uno de ellos. Y aun era de maravillar que cuando todo marchaba con cierta rapidez hacia la unidad material y política á que era llamada la España por sus naturales límites geográficos, conservara el reino navarro tanto tiempo su independencia en medio de la lánguida existencia que iba arrastrando, codiciado por dos tan formidables vecinos, y combatido y destrozado siempre interiormente por los encarnizados partidos de los agramonteses y biamonteses, que accidentalmente alguna vez sosegados, volvían á cada paso á renacer con nueva furia.

Sin embargo, lejos de atentar los Reyes Católicos Fernando é Isabel á la independencia del reino de Navarra, hemos visto ya en otros capítulos de nuestra historia los diversos enlaces que se proyectaron entre los príncipes de Navarra y de Casti-

(1) Guicciardini, Istoria, lib. XI.—Daru, Hist. de Venise, tom. III.—Carta del Rey Católico al arzobispo Deza, en Bernaldez, c. 242.—Mártir, epist. 523.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X, desde el cap. 44 al 78.

lla. El mismo Fernando despues de la muerte de Isabel había protegido á los reyes doña Catalina y don Juan de Albret (ó de Labrit, como dicen nuestros antiguos historiadores) contra las pretensiones de Juan de Foix, señor de Narbona, tío de la reina doña Catalina, á la corona de Navarra, alegando en su favor la ley sálica, y no queriendo reconocer el derecho de las hembras á suceder en aquel trono. Fernando no había sostenido aun contra los intereses de Luis XII de Francia. Verdad es que por otra parte había favorecido siempre á los disidentes y revoltosos condes de Lerin, condestables de Navarra, cuñado el uno y sobrino el otro del Rey Católico, que de continuo estaban en guerra con sus reyes, y apoderados de algunos estados y fortalezas de aquel reino. También lo es que no se mostró muy escrupuloso Fernando en los medios que aconsejó á su sobrino el de Lerin para posesionarse de lo que pretendía (2).

Pero aun así se iba sosteniendo aquel reino, cuyo interés estaba entonces en acogerse al amparo del Rey Católico para frustrar las pretensiones de Gaston de Foix, aquel joven general francés que fué á Italia contra los de la Santísima Liga y salvó á Bolonia del cerco que le tenían puesto los aliados. Gaston de Foix, hermano de la reina Germana de Aragon, y sobrino de Luis XII de Francia, era hijo del vizconde Juan de Narbona, y aspiraba al trono de Navarra, fundado en el derecho de su difunto padre. Fernando el Católico también tenía interés en que el reino navarro no se incorporase á la Francia, ni le poseyera ninguno de sus príncipes, y mas desde que se había roto la amistad entre ambas naciones á causa de la nueva liga entre el papa, España y Venecia contra los franceses. Mas los reyes de Navarra, bien porque temieran mas al de Aragon, bien por antiguas afecciones al francés, cometieron la indiscreción de inclinarse al lado y en favor de Luis XII de Francia, precisamente en la ocasión mas inoportuna, cuando la Francia tenía que luchar sola contra las potencias de la Santísima Liga, cuando los franceses eran tratados por la Santa Sede como cismáticos, como enemigos de la Iglesia romana, y como promovedores del conciliábulo de Pisa, y cuando Enrique VIII de Inglaterra, yerno y aliado de don Fernando de Aragon, acababa de entrar en la liga y amenazaba invadir la Francia por la Guiena. Y de tal manera se adhirieron, ó se les creyó adheridos á la causa de los franceses, que el papa Julio II, no pudiendo conseguir que abandonaran á los que entonces se llamaban cismáticos y enemigos de la Iglesia, procedió á tratar como tales á los reyes de Navarra, pronunciando sentencia de excomunion contra ellos, poniendo entredicho en las ciudades y villas de su reino, y haciendo uso de las facultades que otros pontífices de los tiempos pasados se habían atribuido, los declaró privados y depuestos del reino, relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad, y concedió sus tierras y señoríos al primero que los ocupase y tomase en justa guerra (3).

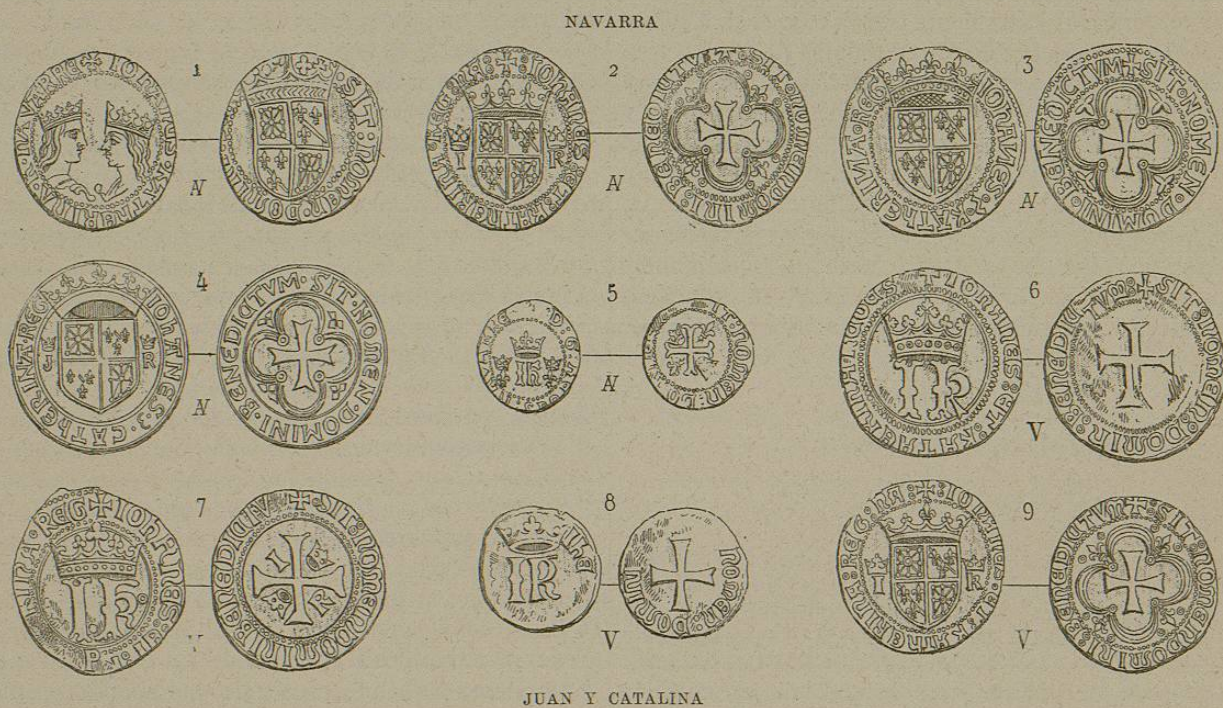
(2) «E que si pudiese tomar alguna cosa buena por trato ó por furto que la tome, y que los de Su Alteza se la ayuden á defender despues:» decía una instrucción del secretario Almazan que acompañaba á una carta del rey al conde de Lerin, fecha 23 de julio de 1509. Archivo del reino de Navarra.

(3) Los historiadores navarros, ó han negado la existencia de esta bula, ó por lo menos han pugnado por suscitar dudas acerca de su autenticidad, haciendo esfuerzos por salvar á sus reyes de esta nota. Mas estas dudas han debido desaparecer desde que se halló la bula original en el archivo general de la antigua corona de Aragon, y mas desde que la publicó el señor Ortiz y Sanz por apéndice al tom. IX de la Historia de Mariana, edicion de Valencia. La bula empieza: *Exigit contumacium obstinata protervitas...* y su fecha es de 18 de febrero de 1512. En ella habla el pontífice de los reyes de Navarra como de monarcas ya depuestos. *Et licet perditionis filii* (dice) *Joannes, olim Rex, et Catherina, olim Regina Navarra...*

La observación que hace el moderno historiador de Navarra, don José Yanguas, de que en 21 de junio siguiente estaban en buena armonía el papa y los reyes de Navarra, fundado en otra bula que existe en el archivo episcopal de Tudela, en la cual dice al nombrar á dichos monarcas: *Charissimus in Christo Filius noster Joannes Rex, et charissima in Christo filia nostra Catharina Regina Navarra illustres...* no deja de ser grande. Mas para su solución debe tenerse presente que á esta última fecha el papa Julio había convertido ya contra el Rey Católico de España el odio que antes había tenido á Luis XII de Francia y á sus auxiliares, y que pre-

El rey don Fernando, á quien se atribuyó haber procurado esta bula, la tuvo por muchos días reservada y secreta, porque así convendría á su astuta y cautelosa política: y sin darse por entendido de ella, antes bien representando á los reyes de Navarra cuán conveniente fuera que hubiese entre ellos buena y verdadera amistad, y cuán preferible les sería esta á la del francés, de quien les decía que aspiraba á despojarlos del reino de Navarra y del señorío de Bearne, les pedía ciertas prendas para mayor seguridad de la alianza y union entre Navarra y Castilla (marzo, 1512). Proponiales, pues, que le entregaran su hijo don Enrique, príncipe de Viana, para que se criase algunos años en Castilla, y que luego le casaría con la infanta doña Isabel su nieta, ó si esto no pudiese ser, con la infanta doña Catalina su hermana. Pediales además que se obligasen á no dar paso por su reino ni por el señorío de Bearne á los franceses, ni á gente de otros reinos que fuese en favor de la Francia ó contra la causa de la Iglesia, so pena de rebelion ó de confiscacion de bienes.

Pidieron tiempo los monarcas navarros para deliberar, y en tanto que meditaban lo que habian de responder ocurrió la muerte del jóven y aventajado general francés Gaston de Foix, duque de Nemours, en la célebre batalla de Rávena, de que hemos dado noticia en el capítulo precedente. Entonces el rey de Francia envió una embajada á los navarros con el señor de Orbal, ofreciéndoles que, pues Gaston de Foix habia muerto y con eso cesaba la pendencia que con él tenían sobre sucesion á la corona, estaba dispuesto á casar una de sus hijas con el príncipe de Viana, y á estrechar con ellos alianza y amistad perpetua bajo aquella y otras no menos ventajosas condiciones. Pero si al monarca francés le convenia entonces mas que nunca la union con Navarra por el giro que sus cosas llevaban en Italia, no le interesaba menos por la circunstancia de estar para romper los ingleses la guerra con Francia por la parte de la Guiena, ó mas bien por Guipúzcoa, como confederados del Rey Católico y de la Santa Liga. Estas mismas circunstancias precisaban ó daban ocasion al rey Fernando para exigir mas



y mas seguridades de los reyes de Navarra sus sobrinos, y para ponerlos en mas aprieto y necesidad de decidirse abiertamente por una de las alianzas. Así, cuando ellos contestaron rehusando, aunque en términos muy comedidos y corteses, entregar la persona del príncipe, el rey les pidió que pusiesen seis plazas fuertes en tercera en poder de caballeros navarros, los que él nombrase; que no diesen ayuda á nadie en contra de la causa de la Iglesia ni del rey de Aragon y de Castilla, y que habian de guardar una completa neutralidad, ó caso de ayudar al de Francia con lo de Bearne, le habian de servir á él con lo de Navarra, y así lo escribió á los tres estados del reino que se hallaban reunidos en córtes.

Hostigados los monarcas navarros en sentido opuesto por sus dos poderosos y enemigos vecinos, y no pudiendo mantenerse neutrales, como sin duda les hubiera convenido, optaron al fin por la amistad del rey de Francia, á lo cual, además de sus naturales afecciones, los indujo el temor de que la reina doña Germana de Aragon, hermana del difunto Gaston de Foix, ó por sí ó instigada por su marido, quisiera renovar las

tendencia arrojar de Italia á los españoles, como antes arrojó á los franceses, y un pontífice que promovió la Santísima Liga contra la nacion francesa, y despues buscaba su alianza, segun hemos visto en el anterior capítulo, pudo muy bien en un tiempo pronunciar sentencia de deposicion contra los reyes de Navarra y llamarlos en otro sus amados hijos. Por lo menos no es increíble, segun nos pintan el carácter y condicion del papa Julio II Mártir de Angleria, el Cura de los Palacios, Bembo, Guicciardini, Zurita, Abarca, y otros historiadores graves, italianos y españoles.

Hay además en favor de la existencia de aquella bula la instruccion que se dió á los que habian de publicarla en Burgos y en Calahorra, y que existe entre los manuscritos de la Biblioteca nacional de Madrid (Letra F. núm. 353), que tambien cita el mencionado Ortiz y Sanz.

pretensiones de su padre y hermano á la sucesion de aquel reino. Echáronse, pues, en brazos de la Francia, y celebraron con Luis XII un tratado (17 de julio, 1512), cuyas principales condiciones eran las siguientes: casamiento de la-hija menor de Luis con el príncipe de Viana; amistad y liga perpetua como amigos de amigos y enemigos de enemigos; que el rey y la reina de Navarra ayudarian con todas sus fuerzas al de Francia contra ingleses y españoles, y el de Francia ayudaria á los navarros á conquistar ciertas tierras de Castilla y de Aragon, que en lo antiguo habian sido de los reyes de Navarra; que estos enviarian al príncipe de Viana para que estuviese en poder del francés como prenda de seguridad; que este les daria en cambio los ducados de Nemours y de Armañac, con cien mil ducados de oro por una vez; que les pagaria cuatro mil peones y mil lanzas que llamaban gruesas por el tiempo que durase la guerra (1).

Un eclesiástico de Pamplona, que por un raro incidente cogió al secretario particular del rey don Juan de Navarra los papeles en que se contenia el proyecto de este concierto, los entregó al Rey Católico antes que se firmara (2). En su virtud mandó Fernando aperebir el ejército que preventivamente tenia preparado al mando de don Fadrique de Toledo, duque de Alba, el cual se hallaba en Vitoria; aprestó otro en las villas fronterizas de Aragon, del cual nombró general en jefe al arzobispo de Zaragoza don Alfonso su hijo, y él formó para sí una guardia de doscientos caballeros ó gentiles hombres que estuviesen aparejados y á punto de guerra para acompañarle

(1) M. S. de la Biblioteca nacional, Letra F. núm. 153.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 4.

(2) Mártir, epist. 490.

y seguirle donde fuese menester. A tiempo que esto se determinaba llegó á Pasajes, puerto de Guipúzcoa, la armada inglesa al mando del lord Grey, marqués de Dorset. A vista de tanto aparato de guerra todavía don Juan y doña Catalina de Navarra, ignorando que el de Aragon estuviese informado de sus tratos con el francés, despacharon á Burgos al mariscal don Pedro de Navarra para que le dijese, que se maravillaban mucho de que por haberlos requerido de amistad manifestase tales recelos y desconfianzas; añadiendo que lo que ellos podian hacer era no dar paso por su reino ni ayudar á los que fuesen contra los reyes de Castilla y Aragon, ni contra otros que defendiesen la causa de la Iglesia. Al propio tiempo los generales inglés y español, marqués de Dorset y duque de Alba, insistian con los monarcas navarros en que diesen las fortalezas y el paso seguro por su reino para hacer la guerra contra los cismáticos; y mientras así andaban en requerimientos, demandas y contestaciones, el ejército de Francia se acercaba á la frontera, y todo el Bearne se ponía en armas por el francés.

Con esto y con la noticia que tenia el rey don Fernando de los tratos que mediaban entre los reyes de Francia y de Navarra, dió orden al duque de Alba para que avanzara sobre Pamplona, capital de este reino, y escribió al inglés para que se incorporase con su ejército al duque. Pero el lord Grey, que siempre se habia opuesto á que comenzase la guerra por Navarra, y se obstinaba en que habia de entrarse derechamente por Fuenterrabía á Bayona y la Guiena, no se movió de su puesto, alegando no tener para ello instrucciones de su rey, á quien en todo caso necesitaba consultar, sin que alcanzasen todas las reflexiones del Rey Católico á hacerle variar de resolucion. Todavía Fernando volvió á instar á los reyes de Navarra sus sobrinos para que le diesen paso seguro y vituallas para sus tropas por su dinero, ofreciendo, caso de hacerlo así, toda paz y amistad, añadiendo que de lo contrario lo tomaria él por sí mismo, pues no podia consentir que la Navarra fuese impedimento para hacer la guerra á los enemigos de la Iglesia. No obteniendo contestacion satisfactoria á esta demanda, penetró el duque de Alba en territorio navarro (21 de julio, 1512), publicando que no se haria daño á los que no opusiesen resistencia armada, y á los dos dias, despues de vencer algunas pequeñas dificultades, se puso á la vista de Pamplona.

Aquel mismo dia abandonó el rey don Juan de Albret la ciudad, y se retiró á la villa de Lumbier. La reina doña Catalina se habia refugiado ya en Bearne con sus hijos. Los pamploneses, viéndose así desamparados, acordaron entregar la ciudad al Rey Católico bajo la condicion de que serian respetados sus fueros, privilegios y libertades, con cuya condicion hizo su entrada el duque de Alba en Pamplona (24 de julio), y juró en nombre del rey la conservacion de sus privilegios (1).

No encontrando el refugiado en Lumbier el auxilio eficaz que esperaba del general francés duque de Longueville que acampaba en la frontera junto á Bayona, y entendiendo que las demás ciudades y villas de su reino propendian á imitar el ejemplo de Pamplona, intentó alguna concordia bajo las estipulaciones que sus comisionados pactasen con el duque. Pero llevada esta propuesta al rey don Fernando, que se hallaba en Burgos, resolvió definitivamente que todas las ciudades, villas y fortalezas de Navarra habian de estar bajo su obediencia y gobierno, como si fuese rey de Navarra, todo el tiempo que á él le conviniese para seguridad de su empresa, quedando tambien á su voluntad determinar el tiempo, forma y manera en que hubiese de dejarlas sin perjuicio de los reinos de Castilla y Aragon. Comprendiendo que era irrevocable esta resolucion del rey, casi todos los pueblos de Navarra se le sometieron con las mismas condiciones que lo habia hecho

Pamplona. Pasando despues el rey á Logroño con objeto de penetrar, si era menester, en la baja Navarra, y habiéndose mandado al arzobispo de Zaragoza su hijo que estuviere pronto á incorporársele con la gente de Aragon, el prelado fué avanzando por Tarazona y Cascante hasta reducir la importante ciudad de Tudela, que despues de alguna resistencia se le entregó, jurando el arzobispo en nombre del rey guardarle sus usos y fueros.

Desde Logroño envió el rey al obispo de Zamora (2) á notificar á don Juan de Albret las condiciones con que habia recibido á su obediencia las ciudades de su reino (agosto). Al llegar el prelado á Salvatierra, fué detenido y preso con los suyos, ultrajado por los soldados, y entregado al duque de Longueville, sin respeto á su dignidad, ni á la mision y seguro que llevaba del rey, con achaque de haber publicado aquel obispo la bula de excomunion y privacion del reino expedida por el pontífice contra los reyes de Navarra, añadiendo mas de lo que en ella se contenia. En su virtud pasó el duque de Alba de orden del rey á apoderarse de Lumbier y de Sangüesa, que se le rindieron, teniendo el destronado navarro que refugiarse en Francia, donde se presentó en la corte de Luis á disculpar lo mejor que pudiese la facilidad con que se habia dejado despojar del reino.

Todo el empeño y todas las instancias del rey de Aragon y de Castilla se dirigian, una vez subyugada la Navarra, á que se uniese el ejército español al general inglés marqués de Dorset con el suyo para acometer juntos la empresa de Guiena, dejando asegurada la espalda, mucho mas cuando el francés aglomeraba todas sus fuerzas, juntamente con las que habian venido de Italia, en Bearne y Gascuña, con los generales Longueville, Borbon y La Paliza. Pero no habia medio de mover al inglés, ni de hacerle entrar en un plan que parecia tan conveniente á las dos naciones, por mas que el rey le representaba y hacia ver lo fácil que de aquella manera les seria vencer á la Francia y hacer la conquista de Guiena, objeto de la venida de la armada inglesa á Guipúzcoa. El de Dorset buscaba siempre evasivas para no reunirse nunca con el ejército español y para no conformarse con el parecer de Fernando ni del duque de Alba: los caballeros ingleses no mostraban ni interés ni gusto en emprender la guerra con Francia, sintiendo perder las pensiones que muchos de ellos percibian de esta nacion; y el mismo Enrique VIII, aunque á las reclamaciones de Fernando su suegro contestó que habia dado orden al de Dorset para que procediese en union con los españoles á la entrada y conquista de Guiena, sospechóse que daba muy otras instrucciones á su general, porque no bastaron ni consejos, ni exhortaciones, ni ruegos para alcanzar del lord Grey que obrase en conformidad á la orden pública de su soberano. Mostrábase sentido de que el Rey Católico hubiese atendido con preferencia á lo de Navarra, como si hubiera sido político en Fernando emprender antes lo de Guiena en interés de la nacion inglesa, y comprometer sus tropas dejando atrás un reino y un rey aliado de la Francia, de quienes hubiera podido recibir un daño inmenso. Finalmente, despues de haber hecho perder los ingleses con su inaccion un tiempo precioso al rey Fernando y al duque de Alba, y cuando las cosas de Guiena estaban en disposicion de no poder resistir á los ejércitos aliados de Inglaterra y de España, anunció el marqués de Dorset que los ingleses desistian de todo punto de aquella guerra, y que habia resuelto definitivamente reembarcarse para Inglaterra con su armada. Así dejó comprometido al ejército español, llevando el resentimiento de no haber sido complacido como él queria, al extremo de dejar que se perdiese su codiciada provincia de Guiena, á trueque de no ayudar á los españoles que habian tenido la prevision de asegurarse antes por Navarra (3).

(2) Era este el célebre don Antonio de Acuña, de quien tanto tendremos que hablar mas adelante.

(3) Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 11 á 18.—Carta del Rey Católico al arzobispo Fr. Diego de Deza, en que hablando de esta resolucion del general inglés le dice: «Conducta que yo siento en extremo por la mancha que hace recaer en el serenísimo rey mi yerno, y por la gloria de la nacion inglesa, tan ilustre en los tiempos pasados por sus altas y caballescias empresas.» En Bernaldez, c. 236.

A pesar de tan extraña conducta por parte de los ingleses, el duque de Alba había traspuesto los montes, y tomado á San Juan de Pié de Puerto (setiembre), fiado en la cooperacion y ayuda de aquellos, por quienes ya se continuaba la empresa. Mas desde la retirada del ejército inglés érale casi imposible al de Alba sostenerse solo en tan difícil posicion, por mas que hubiera procurado fortificarla haciendo conducir artillería con mil trabajos por entre altos riscos y ásperos cerros, teniendo que trasportarla con máquinas, y asegurar los cañones con gruesas maromas que había que amarrar á los troncos de los robles de la montaña. Era tambien para él la ocasion mas desfavorable, no solo por el aliento que infundió á los franceses la retirada de la armada inglesa, sino por los refuerzos que llegaron de Italia, de donde acababan de ser arrojados. Juntáronse, pues, los mejores generales franceses. Los de Bearne y Gascuña se alzaron por su rey don Juan de Albret, y la Francia puso á su disposicion considerables fuerzas. Estella y otras ciudades de Navarra se rebelaban contra el Rey Católico.

Dividióse el ejército francés en tres grandes cuerpos, el uno al mando del rey don Juan con el señor de La Paliza, el otro al del conde de Angulema (1), y el tercero al de Carlos de Borbon duque de Montpensier. El del monarca navarro, que no constaba de menos de quince mil hombres, atravesó el Pirineo por entre Aezcoa y Roncal, y tomó por asalto á Burguete degollando toda la guarnición, pereciendo en el combate el valiente capitán de la guardia del Rey Católico Fernando Valdés, pero costándoles á los enemigos la pérdida de mil hombres. Si don Juan de Albret hubiera ocupado pronto los desfiladeros de Roncesvalles, el duque de Alba hubiera podido ser cogido entre dos ejércitos; pero deteniéndose en las cercanías de Burguete, dió tiempo al de Alba para retirarse á Pamplona, donde llegó con oportunidad para contener las conspiraciones que se fraguaban, y donde concentró sus fuerzas. Los otros dos cuerpos de tropas francesas invadieron la Guipúzcoa, destruyeron á Irun, Oyarzun, Rentería y Hernani, y cercaron á San Sebastian, donde se había encerrado toda la nobleza guipuzcoana y vizcaína. Mandaba el sitio el general francés Lautrec: la ciudad rechazó heroicamente hasta ocho asaltos, y viendo el de Lautrec la mucha pérdida que sufría su ejército, escaso por otra parte de recursos, y que acudían los guipuzcoanos y vizcaínos en socorro de la plaza, se vió obligado á levantar el cerco.

Estella, Miranda, Tafalla y otras villas se alzaban contra la dominacion castellana, y don Juan de Albret se dirigió á sitiar á Pamplona. Mas los capitanes aragoneses y castellanos fueron recobrando y subyugando las ciudades sublevadas: don Francés de Beaumont, primo del conde de Lerin, asaltó y tomó á Estella; Pedro de Beaumont, hermano del conde, recuperó á Monjardin, y reforzó á los sitiadores del castillo de Estella hasta forzarle á rendirse. El de Alba se defendía heroicamente en Pamplona, rechazaba con vigor los asaltos del enemigo, acudían tropas de Castilla en socorro de los sitiados, y faltando los víveres al ejército franco-navarro, levantó el de Albret el sitio (noviembre) al tiempo que Angulema y Lautrec iban desde San Sebastian á reunirse. Viendo la empresa perdida, y sin llegar á incorporarse los dos cuerpos de Montpensier y Angulema con el de Albret y La Paliza, tomaron el camino de Francia, no obstante hallarse los Pirineos cubiertos de nieve (diciembre, 1512), y no sin que la retaguardia del de don Juan fuera destrozada y dejara doce cañones en poder de los guipuzcoanos y montañeses que la atacaron en los desfiladeros de Elizondo. Precipitaron los franceses aquella marcha por temor tambien á un ejército de quince mil hombres que el rey don Fernando había reunido en Puento la Reina al mando del duque de Najera don Pedro Manrique. El mismo rey pasó entonces de Logroño á Pamplona, así para acabar de reducir lo poco que faltaba, que eran algunos pueblos del Roncal, como para recibir la obediencia de los lugares de la tierra llana que no la habían prestado todavía. Con esto acabaron los reyes doña Catalina y don Juan de Albret

(1) El que despues reinó en Francia con el nombre de Francisco I.

de perder toda esperanza de verse restablecidos en su trono de Navarra (2).

Dedicóse Fernando á reparar las fortificaciones de Pamplona y de otras ciudades atacadas por el enemigo, y á prepararse convenientemente por si los franceses intentaban reparar otra vez el Pirineo. Mas estos temores y peligros cesaron desde que á principios del año siguiente (1513), y con motivo de las combinaciones políticas á que dieron lugar las guerras de Italia, ajustó el Rey Católico con Luis XII de Francia la tregua de un año de que hablamos en el capitulo precedente, y que se renovó y prolongó despues. Con este concierto el destronado rey de Navarra don Juan de Albret quedó sacrificado á los intereses de su aliado Luis, é imposibilitado de emprender nada en Bearne, mientras Fernando el Católico alejaba la guerra de Navarra, no importándole dejarla abierta en otros países, donde sabia que había otros tanto ó mas interesados que él en proseguirla, y aprovechaba aquel reposo para afianzar el reino nuevamente conquistado. Los navarros que habían seguido el partido de sus reyes fueron sometidos á su nuevo monarca, el cual con su acostumbrada política los recibia muy benignamente, y los restablecia en sus casas, haciendas y oficios. Tomó muy prudentes medidas de orden y administracion, procuró extinguir los inveterados odios y conciliar los antiguos partidos que tenían destrozado aquel reino, y confirmó y aun amplió los fueros y franquicias municipales, con lo cual se fué granjeando las voluntades de sus nuevos súbditos.

Trasladóse desde Pamplona, primero á Burgos y despues á Logroño, dejando por virey de Navarra á don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles (3). En 23 de marzo (1513), en córtes convocadas en Pamplona juró el virey á nombre y con poderes del monarca guardar á los navarros sus fueros, y estos á su vez prestaron juramento de ser fieles al rey don Fernando, *segun que buenos é leales súbditos y naturales son tenidos de hacer, como los fueros y ordenanzas del reino disponen*. Sin embargo, al decir de los escritores navarros, Fernando se titulaba todavía en 1514 *depositario* del reino de Navarra, y con este título, dicen, le gobernó, tal vez hasta que perdió las esperanzas de tener en doña Germana un hijo que le sucediese en los reinos de Navarra y Aragon. Esta misma circunstancia, junto con la de haber sido las armas de Castilla las que mas habían trabajado en la conquista de aquel reino, y la consideracion de que los navarros sentirian menos ofendida su altivez en verse asociados á Castilla que á Aragon á causa de las antiguas pretensiones de este reino, influyeron sin duda en la determinacion que tomó al año siguiente de incorporar definitivamente el reino de Navarra á la corona de Castilla, como lo verificó por solemne declaracion que hizo en las córtes de Burgos (15 de junio, 1515), con alguna general extrañeza, si bien ya se comprendia que no teniendo descendencia de su segundo matrimonio, uno solo había de ser el heredero de los tres reinos, de Navarra, de Castilla y de Aragon (4).

Habiendo fallecido por este tiempo Luis XII de Francia, y sucedidole Francisco I en el trono, mas afortunado que él, por lo menos en el principio, en la empresa de Italia, segun mas adelante veremos, los reyes de Navarra doña Catalina y don Juan, á quienes el nuevo monarca francés había ofrecido ayudarlos á recobrar su reino, dirigieron una embajada al Rey Católico demandándole la restitucion de su corona, y citándole, de lo contrario, para ante el tribunal de Dios. Pero Fernando, que, como dice un historiador aragonés, « declaró al tiempo de morir que tenía la conciencia tan tranquila respecto á la posesion de aquel reino como podía tenerla por la corona de Aragon (5), » contestó al requerimiento, que él había conquistado justamente el reino de Navarra á virtud de bula

(2) Lebrja, De Bello Navar. lib. I.—Aleson, Anal. de Navarra, t. V.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, ubi sup.—Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 29 á 43.

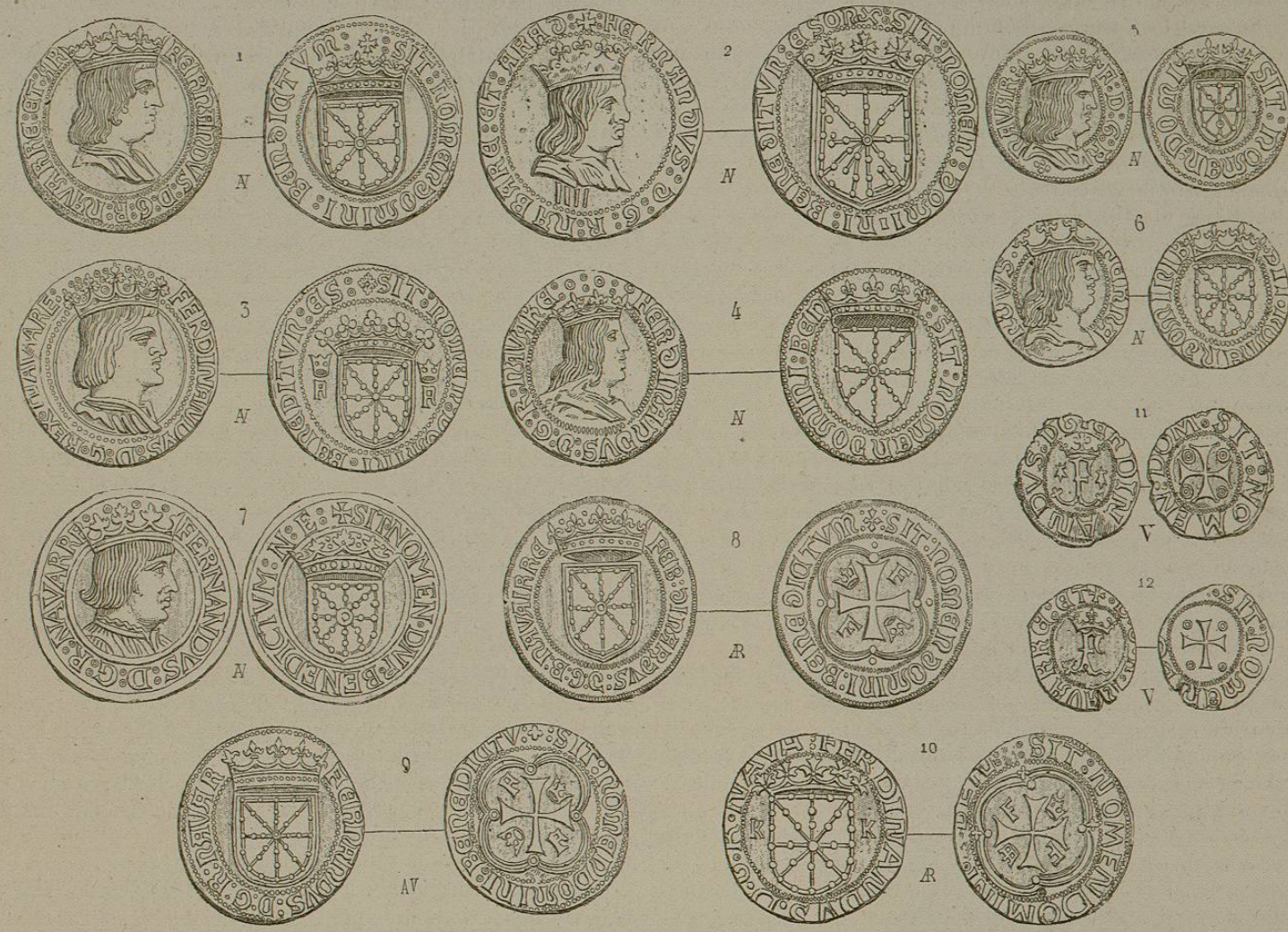
(3) Aleson se equivocó al decir que dejó por virey al duque de Alba. (4) Zurita, Rey don Hernando, lib. X, c. 94.—Aleson, Anales, tom. V.—Carta del rey al arzobispo Deza, en Bernaldez, c. 236.—Carvajal, Anales, 1515.—Yanguas, Hist. de Navarra, p. 422.

(5) Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, p. 404.

pontificia que le daba á quien primero se apoderase de él, y que Dios le había hecho la gracia de conservar la conquista por la fuerza de las armas.

De esta manera y por tales medios quedó incorporado y refundido en Castilla el pequeño reino de Navarra, una de las primeras monarquías que se formaron en España despues de la irrupcion de los sarracenos, y así se completó y redondeó al cabo de siglos la unidad á que estaba llamada la gran familia española, á excepcion del reino de Portugal, lastimosa desmembracion de la corona castellana, que se mantenía independiente (1).

NAVARRA



FERNANDO EL CATÓLICO

parece indicar que obrara de mala fe. Y si tal vez fué su intencion apoderarse de todos modos de aquel reino, lo que tampoco nos maravillaria en el carácter del monarca aragonés, menester es convenir en que supo conducir el negocio con bastante arte y maestría para dar á la ocupacion toda la apariencia de legalidad, y para justificar, al menos exterior-

mente, la legitimidad de su título de rey de Navarra. Entre los muchos documentos que hemos visto relativos á este negocio, el que nos ha parecido que arroja mas luz sobre las causas, precedentes y trámites de esta conquista le hallarán nuestros lectores por apéndice al final de este volumen.

## CAPÍTULO XXVII

## Muerte del Gran Capitan.—Muerte del Rey Católico

DE 1512 Á 1516

Conducta de Fernando con el Gran Capitan.—Sentimiento que produce en el ejército.—Quejas de Gonzalo.—Dureza con que habló al rey.—Devuélvele los poderes.—Nuevos recelos del monarca: desaires.—Muerte de Gonzalo de Córdoba.—Luto en la corte.—Virtudes del Gran Capitan.—Enfermedad del rey y su causa.—Proroga Fernando la tregua con Luis XII.—Disgusto y resolucion del rey de Inglaterra.—Pensamientos de Francisco I de Francia.—Promueve el rey Católico otra liga contra él.—Toma el archiduque Carlos el gobierno de Flandos.—El rey Fernando en las córtes de Calatayud.—Renúvase la guerra de Italia.—Deslealtad del conde Pedro Navarro.—Sangrienta y tenaz batalla entre suizos y franceses.—Francisco I de Francia se apodera de Milan.—El papa abandona al Rey Católico y se une al francés.—Alianza entre Fernando el Católico y Enrique VIII de Inglaterra.—Agrava-se la enfermedad del rey.—Su testamento.—Disposiciones para la sucesion y gobierno de los reinos.—Su muerte.

Cosa era que causaba general admiracion y escándalo que ni para la empresa de Oran, ni para la de Italia, ni para la de

(1) Poco sobrevivieron los últimos reyes de Navarra á su infortunio. Don Juan falleció á 23 de junio de 1517, y doña Catalina le siguió al sepulcro el 12 de febrero del siguiente año 1518. Aunque no faltaban á don Juan de Albret algunas buenas cualidades, puesto que no carecia de capacidad ni de valor, y era además afable y social, y sobre todo amante de las letras, no tenía el genio y temple que se necesitaba para desenvolverse (si esto era posible á un pequeño rey en su crítica situacion) en tales tiempos y colocado entre dos tan formidables rivales como eran Luis XII de Francia y Fernando II de Aragon y V de Castilla. Era además un tanto abandonado para los cuidados del gobierno, demasiado amigo de los placeres, y poco celoso de su dignidad, en el hecho de mezclarse con excesiva llaneza en los bailes y diversiones con la clase mas ínfima del pueblo.—Aleson, Anales, tom. V, lib. 35.—Otro historiador de Navarra hace de él el siguiente retrato: «Tenia el rey afición particular á las obras de literatura, y reunió una biblioteca bastante numerosa. Gustaba tambien de ocuparse en las genealogías de las casas nobles. Conversaba con la mayor familiaridad con sus vasallos: concurría á los festines del pueblo, donde bailaba con las damas, y á veces en las calles al uso del país; y tampoco tenía reparo en comer y cenar en casas particulares de mediana esfera, convidándose él mismo con una franqueza singular.»—Yanguas, Hist. de Navarra, p. 366.